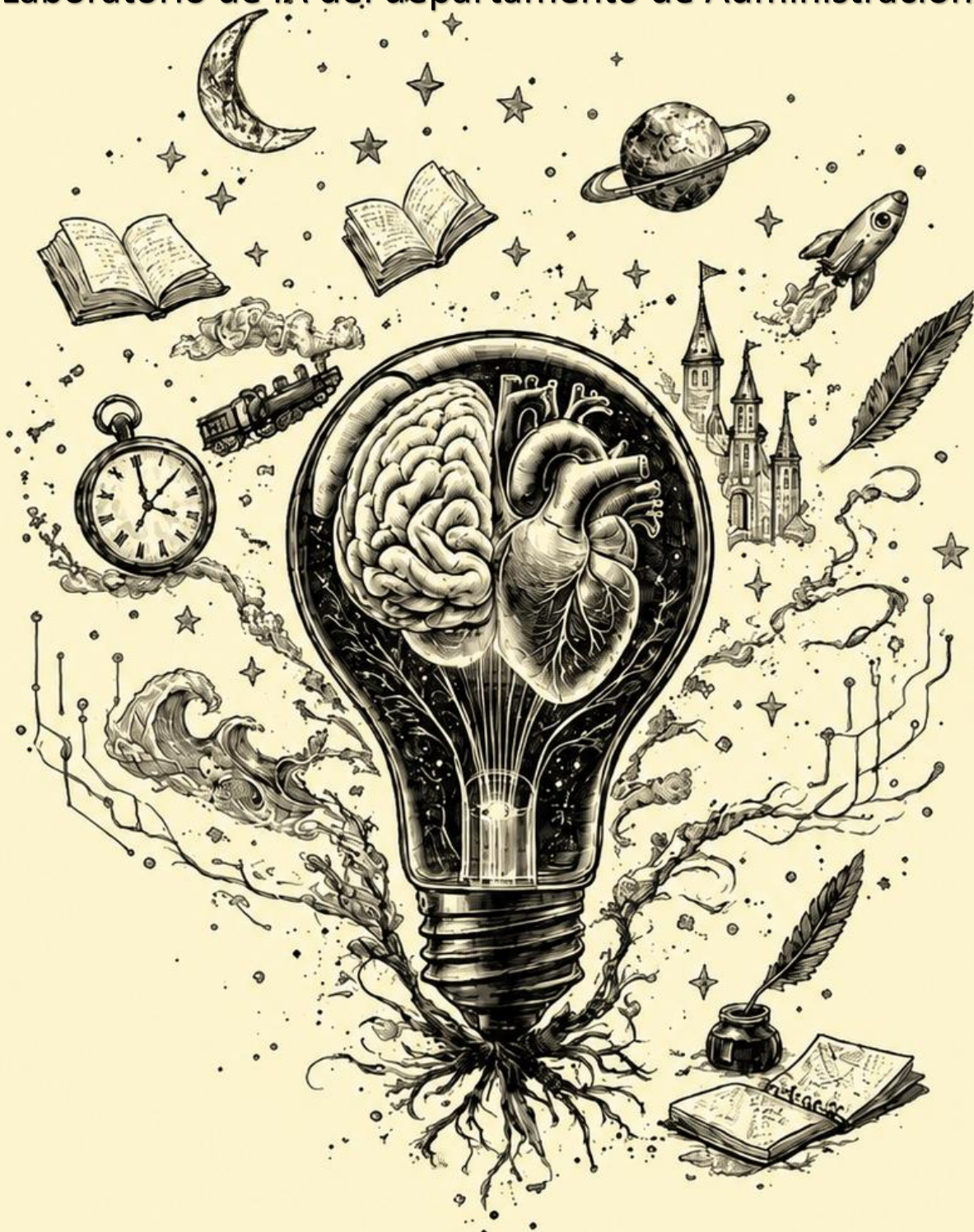


REVISTA IA UAM-A

Vol 1, N°6, 4ta Entrega, Mayo-Agosto 2026

Laboratorio de IA del departamento de Administración



Algoritmos de la imaginación IV

REVISTA DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL UAM AZCAPOTZALCO

Dr. Óscar Lozano Carrillo

Coordinador de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Dr. Alfredo Garibay Suárez

Asesor Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras

Editor de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Zemelli Anahí Rivera Madrid

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Grecia Josafat Jarillo Olague

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Victor Daniel Santos Hortelano

Coordinador digital de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Lic. Cinthia Noemi Zacatenco Arellano

Coordinadora de contenido de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Edición número 6

Algoritmos de la imaginación. Volumen 1, Número 6, 4ta. Entrega, año 2026, es una publicación electrónica editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, ubicada en Av. San Pablo Xalpa 420, Col. Nueva El Rosario, Alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México, CP 02128. Editor Responsable: Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor o de la Universidad Autónoma Metropolitana. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la UAM Azcapotzalco.

NOTA EDITORIAL

Es verdad que ahora la inteligencia artificial nos ayuda en cualquier tarea, su desarrollo va a una velocidad que ya nadie puede seguir y su impacto social tiene implicaciones que seguramente aun nadie puede sospechar. Una de las más importantes y severas afectaciones que se están generando con el uso de la IA tiene que ver con la adicción que está generando en nuestra niñez y juventud, por no mencionar a la población en general que hemos sido atrapados por el algoritmo sin que la mayoría se percaten de esto y si bien los beneficios de la IA para el ser humano pueden ser muchos, al final parece ser que se está convirtiendo en un problema de salud pública, en cuanto a la adicción que causa. El presente número de la revista podría parecer un compendio de cuentos hechos con IA con muy interesantes entregas, sin embargo no es así, o no solamente es así, este número y sus 12 entregas, constituye un ejemplo de los textos maravillosos que la IA puede generar, pero sobre todo, constituye un laboratorio para reconocer productos y comportamientos que la IA genera como por ejemplo, la rapidez con que la IA trabaja; generamos una convocatoria para que estudiantes e integrantes del Club IA de cine y literatura de la UAMA mandara una aportación y llegaron más de 130 trabajos en un tiempo récord, también los cuentos fueron referenciados a temáticas diversas como el amor romántico, la ciencia ficción o realismo ya en algunos casos, terror, suspenso, entre otros; vimos a su vez un fenómeno interesantísimo, en el grupo del Club hay más de 500 personas y si bien más de 130 participaron en esta convocatoria, podríamos asegurar que nadie o una gran mayoría lee los cuentos, incluso el que escribieron, mostrando uno de los fenómenos epistemológicos más preocupantes que la IA ha generado: generar un conocimiento vacío, de tal manera que este Número de la revista con sus 12 entregas presenta a ustedes más de 130 cuentos que poca gente o nadie leerá, para con ello continuar con las investigaciones sobre la IA que el Laboratorio de IA del Departamento de la UAM genera en aras de comprender mejor el fenómeno y ofrecer algunas alternativas que atiendan las problemáticas del nuevo paradigma civilizatorio que la IA está generando.

P.D. Tengo que mencionar que este comentario editorial fue hecho sin usar la IA

—OSCAR LOZANO CARRILLO

CARTA DEL EDITOR

La inteligencia artificial ha abierto nuevas posibilidades para la escritura, la imaginación y la creación literaria. Lejos de sustituir la voz humana, estas herramientas permiten explorar formas distintas de narrar, ordenar ideas, construir mundos posibles y transformar inquietudes personales en relatos capaces de dialogar con las emociones, los miedos, los sueños y las preguntas de nuestro tiempo.

El presente número, titulado Algoritmos de la imaginación, reúne una selección de cuentos elaborados con apoyo de inteligencia artificial, en los que la creatividad de sus autoras y autores se combina con las posibilidades expresivas de los modelos generativos. Esta colaboración entre sensibilidad humana y tecnología da lugar a historias de misterio, ciencia ficción, fantasía, drama, romance y reflexión personal.

La obra se publicará en 12 entregas, cada una integrada con alrededor de 11 cuentos, con el propósito de presentar de manera ordenada y accesible la diversidad de propuestas narrativas que conforman este proyecto. Cada entrega permitirá al lector acercarse a un conjunto de relatos que, aunque distintos en temática y estilo, comparten un mismo punto de partida: la escritura como espacio de experimentación, aprendizaje y creación asistida por IA.

En esta entrega se presenta el cuarto bloque del número 6, con 11 cuentos. Estos relatos invitan a recorrer estaciones donde el tiempo se detiene, archivos misteriosos, recuerdos que se desvanecen, bibliotecas imposibles, llamadas decisivas, exámenes finales, mundos oníricos y universos donde la imaginación encuentra nuevas formas de expresarse.

A continuación, se presenta la sinopsis de los cuentos que integran esta entrega, con el fin de ofrecer al lector una guía inicial que le permita reconocer las temáticas, atmósferas y búsquedas narrativas de cada obra.

1. El café de los jueves

Autora: María José Lomas Morales

Sinopsis: Un café se convierte en el lugar donde dos personas construyen una relación marcada por la constancia de los jueves. La historia de amor se desarrolla a través de encuentros, conversaciones y pequeños momentos que adquieren un significado especial con el paso del tiempo. Más que un simple escenario, el café representa la espera, la ilusión y la manera en que los vínculos pueden crecer en la rutina hasta convertirse en algo importante.

2. La biblioteca de las historias no escritas

Autora: Ximena Guadalupe Araiza Gutiérrez

Sinopsis: Una biblioteca fantástica conserva historias que todavía no han sido escritas, mundos posibles que esperan ser descubiertos y relatos que existen antes de llegar al papel. Quien entra en ella se enfrenta al poder de la imaginación y a la responsabilidad de elegir qué historias merecen ser contadas. El relato mezcla misterio y fantasía para mostrar que las palabras no solo narran realidades, también pueden crearlas.

3. El bosque donde los sueños se perdían

Autora: Rubi Delgadillo Anica

Sinopsis: Un bosque mágico atrapa los sueños de quienes se adentran en él, convirtiéndose en un lugar de aventura y peligro. Los personajes deben enfrentar criaturas, pruebas o recuerdos que surgen de aquello que han perdido o desean recuperar. La historia utiliza la fantasía para hablar de la importancia de los sueños y del riesgo de olvidarlos. El bosque funciona como un espacio simbólico donde perderse también puede significar descubrirse.

4. Un amor en el momento correcto

Autor: Israel Jair Cabrera Franco

Sinopsis: La historia presenta un romance en el que el tiempo es tan importante como los sentimientos. Los protagonistas descubren que el amor no siempre depende únicamente de quererse, sino también de encontrarse en el momento adecuado, con la madurez y las circunstancias necesarias. El relato aborda las decisiones, las oportunidades y las segundas posibilidades, mostrando que algunas relaciones necesitan esperar para poder florecer de verdad.

5. El jardín de Nébula-9

Autor: Oscar Ramírez Juárez

Sinopsis: En un escenario de ciencia ficción, Nébula-9 alberga un jardín extraordinario que combina belleza, misterio y vida fuera de lo común. El lugar puede ser un refugio, un experimento o una manifestación de algo desconocido en el universo. La historia explora el asombro ante lo alienígena y la posibilidad de encontrar armonía en un entorno distante. El jardín representa esperanza, descubrimiento y conexión con formas de existencia más allá de la Tierra.

6. El museo de los días que no vivimos

Autor: Carlos Alberto Contreras Flores

Sinopsis: Un museo imposible exhibe días que nunca ocurrieron, momentos alternativos y vidas que pudieron haber sido. El protagonista recorre salas donde se muestran decisiones no tomadas, oportunidades perdidas y versiones distintas de su existencia. La historia combina drama psicológico y ciencia ficción para reflexionar sobre el arrepentimiento y la identidad. Al observar esos días no vividos, el personaje debe comprender que no puede habitar todas las posibilidades, solo elegir qué hacer con la vida que tiene.

7. El banco de los jueves

Autora: Laila Abril Rojas Torres

Sinopsis: Un banco se convierte en punto de encuentro y símbolo de una amistad construida con paciencia y constancia. Los jueves adquieren un valor especial porque representan el tiempo compartido, las conversaciones y los recuerdos que fortalecen el vínculo entre los personajes. La historia muestra cómo un lugar sencillo puede llenarse de significado cuando se asocia con personas importantes. Es un relato sobre compañía, memoria y afecto cotidiano.

8. La habitación 312

Autora: Erandi Ruiz Huerta

Sinopsis: Una joven visita un hospital antiguo y descubre una habitación que supuestamente no está en uso. Dentro de la habitación 312 encuentra señales inquietantes: una silla colocada frente a la cama, un cuaderno con advertencias y la presencia de algo que aparece siempre relacionado con la hora 3:12. La historia construye el terror a partir de la observación silenciosa y de la sensación de que hay presencias que esperan ser vistas. Al final, la protagonista comprende que algunas habitaciones vacías no están realmente solas.

9. La biblioteca de las decisiones no tomadas

Autora: Andrea Velázquez Cervantes

Sinopsis: Valeria descubre una biblioteca secreta dentro de la universidad, donde cada libro contiene una vida alternativa nacida de decisiones que nunca tomó. Al leer distintas versiones de sí misma, observa caminos llenos de éxitos, viajes y logros, pero también de pérdidas, soledad y sacrificios. La experiencia le enseña que ninguna vida es perfecta y que todas las elecciones implican renunciaciones. El relato combina fantasía y misterio para transmitir una reflexión sobre el arrepentimiento, el futuro y la libertad de seguir escribiendo la propia historia.

10. La casa del Kilómetro 17

Autor: Aldo Yañez Alfaro

Sinopsis: Daniel queda varado durante una noche lluviosa en el kilómetro 17 de una carretera y busca ayuda en una casa aparentemente abandonada. Dentro descubre una presencia infantil, habitaciones que cambian y fotografías de personas que visitaron el lugar antes que él. La casa parece elegir a sus víctimas y convertirlas en guardianes atrapados en su interior. Aunque Daniel cree escapar, una fotografía revela que quizá nunca logró salir realmente. El relato mezcla terror y misterio con una atmósfera de encierro sobrenatural.

11. El óleo de la ceniza y el viento

Autora: Karla Arlette Chávez Pérez

Sinopsis: Leonora, una artista excéntrica y sensible a lo invisible, compra la Abadía de Canterville, habitada por el fantasma de sir Simon. En lugar de temerle, lo observa como una criatura marcada por la culpa, la repetición y el deseo de ser visto. A través de la pintura, Leonora transforma la condena del espectro en belleza, convirtiendo su dolor en una obra de arte viva. El relato mezcla romance gótico, surrealismo y realismo mágico para mostrar un amor que no libera mediante el olvido, sino mediante la creación.

ÍNDICE

EL CAFÉ DE LOS JUEVES.....	10
— María José Lomas Morales	10
LA BIBLIOTECA DE LAS HISTORIAS NO ESCRITAS	16
—Ximena Guadalupe Araiza Gutiérrez	16
EL BOSQUE DONDE LOS SUEÑOS SE PERDÍAN.....	20
—Rubi Delgadillo Anica.....	20
UN AMOR EN EL MOMENTO CORRECTO	24
— Israel Jair Cabrera Franco.....	24
EL JARDÍN DE NÉBULA-9	26
—Oscar Ramírez Juárez.....	26
EL MUSEO DE LOS DÍAS QUE NO VIVIMOS.....	31
—Carlos Alberto Contreras Flores	31
EL BANCO DE LOS JUEVES	38
—Laila Abril Rojas Torres	38
LA HABITACIÓN 312.....	45
—Erandi Ruiz Huerta.....	45
LA BIBLIOTECA DE LAS DECISIONES NO TOMADAS.....	49
—Andrea Velázquez Cervantes	49
LA CASA DEL KILÓMETRO 17	57
— Aldo Yañez Alfaro	57
EL ÓLEO DE LA CENIZA Y EL VIENTO.....	63
— Karla Arlette Chávez Pérez	63

El café de los jueves



María José Lomas Morales

El café de los jueves

— María José Lomas Morales

Género: Amor

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Valeria nunca creyó en las casualidades. Estudiaba arquitectura y tenía la costumbre de planear cada minuto de su vida. Su agenda estaba llena de horarios, pendientes y metas que cumplir. Para ella, todo debía tener un orden.

Cada jueves, después de salir de clases, caminaba unas cuantas calles hasta un pequeño café escondido entre librerías antiguas. No era el más elegante ni el más famoso, pero tenía algo especial: el aroma del café recién molido, las mesas de madera desgastadas y una ventana enorme desde donde podía ver la lluvia caer cuando el clima cambiaba.

Siempre se sentaba en la misma mesa, junto a la ventana.

Una tarde de octubre, al llegar, encontró a un joven ocupando su lugar favorito. Estuvo a punto de dar media vuelta, pero el resto del café estaba lleno.

—¿Te molesta si compartimos la mesa? —preguntó con cierta timidez.

El muchacho levantó la vista de un libro y sonrió.

—Claro que no. Hay espacio para los dos.

Valeria dejó sus cosas sobre la mesa sin imaginar que esa sencilla pregunta cambiaría su vida.

Él se llamaba Daniel. Estudiaba literatura y escribía pequeños cuentos que nunca se atrevía a publicar. Mientras Valeria revisaba planos y hacía cálculos, Daniel llenaba hojas con historias, poemas y personajes que solo existían en su imaginación.

Durante la primera hora no intercambiaron más que un par de palabras.

Sin embargo, cuando ambos se levantaron para irse, Daniel dijo:

—Nos vemos el próximo jueves.

Valeria sonrió por cortesía.

—Supongo que sí.

Y, efectivamente, el siguiente jueves volvió a encontrarlo.

Después otro.

Y otro más.

Con el tiempo, compartir aquella mesa se convirtió en una costumbre. Hablaban de libros, de películas, de viajes que soñaban hacer y de los pequeños detalles que hacían feliz a cada uno.

Daniel le enseñó a observar las cosas simples: el sonido de la lluvia golpeando el cristal, el vuelo de los pájaros al amanecer, las personas que sonreían sin darse cuenta.

Valeria, por su parte, le enseñó que los sueños también necesitaban disciplina para hacerse realidad.

Sin notarlo, comenzaron a esperarse.

Si uno llegaba tarde, el otro ya tenía lista una taza de café.

Si alguno tenía un examen importante, el otro aparecía con palabras de ánimo.

Era una amistad tranquila, sincera y llena de pequeños gestos.

Un jueves, Daniel no llegó.

Valeria esperó una hora.

Luego dos.

Pensó que quizá había tenido clases o algún problema familiar.

Pero tampoco apareció el jueves siguiente.

Ni el siguiente.

El café parecía más silencioso sin él.

Pasaron casi dos meses antes de volver a verlo.

Entró al lugar con el cabello más corto y el rostro cansado.

—Perdón por desaparecer —dijo apenas la vio.

Valeria sintió una mezcla de alivio y enojo.

—Pensé que te había pasado algo.

Daniel bajó la mirada.

—Mi mamá enfermó. Tuve que viajar para cuidarla. Todo pasó muy rápido.

Valeria entendió que había momentos en los que las explicaciones tardaban porque el dolor ocupaba todo el espacio.

Aquella tarde hablaron durante horas.

Cuando salieron del café, caminaron bajo una ligera lluvia.

Sin pensarlo demasiado, Daniel tomó la mano de Valeria.

Ella no la retiró.

No hicieron falta palabras.

Desde ese día comenzaron a salir con más frecuencia.

Visitaban museos los fines de semana, recorrían parques, asistían a ferias de libros y compartían largas conversaciones que parecían no terminar nunca.

No era un amor lleno de grandes regalos ni promesas exageradas.

Era un amor construido con tiempo.

Con paciencia.

Con confianza.

Con los meses llegaron nuevos desafíos.

Valeria recibió una oferta para realizar un intercambio académico en España durante un año.

Era la oportunidad con la que había soñado desde que comenzó la universidad.

Pero también significaba alejarse de Daniel.

La noticia la llenó de emoción y miedo al mismo tiempo.

Una tarde, sentados en el mismo café donde todo había comenzado, le contó la noticia.

Daniel guardó silencio unos segundos.

Después sonrió.

—Debes ir.

—¿Y nosotros?

—Si nuestro amor depende de la distancia, entonces nunca fue tan fuerte como creíamos.

Valeria sintió un nudo en la garganta.

No era la respuesta que esperaba, pero sí la que necesitaba escuchar.

Partió unas semanas después.

Al principio las videollamadas eran diarias.

Luego comenzaron las diferencias de horario, las tareas, los proyectos y el cansancio.

Algunas veces discutían.

Otras simplemente se extrañaban.

Hubo noches en las que ambos pensaron que quizá lo mejor era terminar la relación.

Pero ninguno lo hizo.

En lugar de rendirse, aprendieron a conocerse de otra manera.

Descubrieron que amar también significaba confiar cuando la otra persona no estaba cerca.

Un año después, Valeria regresó a México.

No avisó el día exacto de su llegada.

Quería sorprender a Daniel.
Fue directamente al café.
Todo seguía igual.
Las mismas mesas.
La misma ventana.
El mismo aroma.
Y allí estaba él.
Sentado en el lugar de siempre.
Como si el tiempo hubiera esperado ese momento.
Daniel levantó la vista.
Por unos segundos ninguno de los dos dijo nada.
Simplemente sonrieron.
Valeria caminó hasta la mesa.
—¿Está ocupado este lugar? —preguntó con la misma frase que había dicho años atrás.
Daniel dejó escapar una pequeña risa.
—Llevo un año guardándolo para ti.
Ella se sentó frente a él.
Hablaron durante horas.
Se contaron todas las historias que no cabían en una pantalla.
Los viajes.
Los miedos.
Los logros.
Los días difíciles.
Cuando el café anunció el cierre, salieron juntos.
Esta vez el cielo estaba completamente despejado.
Daniel sacó de su mochila un pequeño cuaderno.
Era el mismo en el que escribía cuentos cuando se conocieron.
Lo abrió en la última página.
Había una dedicatoria.
"Para Valeria.

La mujer que me enseñó que las mejores historias no se escriben solo con palabras, sino con los momentos compartidos.

Gracias por convertirte en mi capítulo favorito."

Valeria no pudo contener las lágrimas.

Lo abrazó con fuerza.

No necesitaban prometer que todo sería perfecto.

La vida seguiría presentando desafíos.

Habría nuevos caminos, cambios inesperados y decisiones difíciles.

Pero ambos comprendieron que el verdadero amor no nace de los grandes discursos ni de las casualidades extraordinarias.

Se construye en los pequeños detalles: una mesa compartida, una taza de café caliente, una conversación sincera y la decisión de elegir a la misma persona una y otra vez.

Desde entonces, cada jueves siguieron visitando aquel café.

Ya no porque fuera una costumbre.

Sino porque era el lugar donde dos desconocidos descubrieron que el amor puede aparecer en el momento más sencillo y transformar una vida para siempre.

The image is a vibrant, fantastical illustration of a library. In the foreground, a large, open book lies flat on the wooden floor, its pages filled with handwritten text. A person with long dark hair, wearing a light blue shirt and jeans, stands with their back to the viewer, walking through a large, arched doorway. The doorway is framed by ornate stone carvings and is the source of a bright, golden light. Through the arch, a lush, green landscape with rolling hills and a path leads towards a distant, majestic castle with multiple spires and towers under a bright blue sky with fluffy white clouds. The library itself is filled with tall, dark wooden bookshelves that reach up to the ceiling, packed with books of various colors. Several warm, glowing lamps are placed on the shelves and on the floor, casting a soft, golden light. Numerous pages of books are shown floating in the air, some near the archway and others further back, as if being carried by a breeze. The overall atmosphere is one of wonder, magic, and the pursuit of knowledge.

La biblioteca de las historias no escritas

Ximena Guadalupe
Araiza Gutiérrez

La biblioteca de las historias no escritas

—Ximena Guadalupe Araiza Gutiérrez

Género: Misterio y fantasía

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Marina siempre había amado los libros. Desde que era niña pasaba horas leyendo aventuras, romances y misterios. Para ella, cada libro era una puerta hacia otro mundo.

Un sábado por la tarde, mientras caminaba por una calle que nunca antes había recorrido, encontró una biblioteca muy antigua. El edificio parecía olvidado por el tiempo: las paredes estaban cubiertas de enredaderas y sobre la puerta había un letrero de madera que decía:

“Biblioteca de las Historias No Escritas”.

Movida por la curiosidad, empujó la pesada puerta.

El interior era inmenso. Había estanterías tan altas que parecían perderse entre las sombras del techo. Lo más extraño era que todos los libros estaban completamente en blanco.

—Bienvenida —dijo una voz tranquila.

Marina volteó y vio a un anciano acomodando algunos ejemplares.

—Disculpe... ¿por qué todos los libros están vacíos?

El hombre sonrió.

—Porque aún no han ocurrido.

Marina frunció el ceño.

—No entiendo.

—Cada libro representa la vida de una persona. Las páginas se escriben con las decisiones que toma cada día.

Ella pensó que se trataba de una metáfora, hasta que el anciano tomó un libro del estante.

En la portada aparecía su nombre.

Con las manos temblando lo abrió.

Las primeras páginas contaban exactamente todo lo que había vivido desde su nacimiento. Los mismos lugares, las mismas personas, incluso los pensamientos que jamás había dicho en voz alta.

Sorprendida, comenzó a pasar las hojas rápidamente.

De pronto encontró una página completamente escrita con la fecha del día siguiente.

“Marina sufrirá un accidente al cruzar el puente del río.”

Sintió un escalofrío.

—¡Esto no puede ser verdad!

El anciano cerró el libro con calma.

—El futuro nunca está completamente decidido, pero cada decisión abre un nuevo camino.

Marina salió corriendo de la biblioteca con la mente llena de dudas.

Al día siguiente debía cruzar ese puente para llegar a una entrevista de trabajo muy importante. Recordó la advertencia y decidió cambiar de ruta.

Mientras caminaba por otra calle, escuchó sirenas.

Al acercarse, descubrió que una parte del puente había colapsado esa misma mañana.

No podía creerlo.

Aquella noche regresó a la biblioteca para agradecer al anciano.

Pero el edificio había desaparecido.

En su lugar solo había un terreno vacío.

Pensó que nunca volvería a encontrar aquel lugar.

Pasaron varios años.

Marina consiguió el trabajo con el que siempre había soñado, formó una familia y escribió su primera novela. Aunque llevaba una vida feliz, jamás olvidó la extraña biblioteca.

Un día, mientras ordenaba su casa, encontró un viejo cuaderno que había comprado de niña y nunca había usado.

Al abrirlo, descubrió que las páginas estaban completamente en blanco.

Sin saber por qué, comenzó a escribir una historia.

Con cada palabra sentía una emoción inexplicable.

Semanas después terminó el libro y decidió enviarlo a una editorial.

Contra todo pronóstico, fue publicado y se convirtió en un éxito.

Durante la presentación de la novela, una niña se acercó para pedirle un autógrafo.

—¿Cómo se le ocurrió esta historia? —preguntó.

Marina sonrió.

—Creo que las historias ya existen... solo esperan a que alguien las escriba.

Aquella noche, mientras regresaba a casa, pasó por la misma calle donde años atrás había visto la misteriosa biblioteca.

Por un instante, creyó distinguir el viejo letrero iluminado por la luz de la luna.

Parpadeó.

Había desaparecido.

Entonces comprendió la verdad.

La biblioteca nunca había sido un lugar para guardar libros.

Era un lugar donde las personas descubrían que el futuro no está escrito por el destino, sino por las decisiones que toman cada día.

Desde entonces, Marina nunca volvió a tener miedo de las páginas en blanco.

Porque entendió que escribir su propia historia era el mayor privilegio que podía tener.

A woman with long brown hair, wearing a blue dress, is seen from behind, walking away on a stone path that leads into a dense, magical forest. The path is flanked by lush greenery and colorful flowers. Sunlight filters through the trees, creating a warm, golden glow. The overall atmosphere is dreamlike and ethereal.

El bosque donde los *sueños* se perdían

Rubi Delgadillo Anica

A decorative flourish consisting of a central floral motif with symmetrical, flowing lines extending outwards.

El bosque donde los sueños se perdían

—Rubi Delgadillo Anica

Género: Fantasía y aventura

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Había una vez un pequeño pueblo rodeado por un inmenso bosque. Los habitantes lo llamaban el Bosque de los Susurros, porque cuando el viento soplabá entre los árboles parecía que cientos de voces hablaban al mismo tiempo.

Desde hacía generaciones existía una regla muy clara: nadie debía entrar al bosque después del atardecer.

Las personas contaban que quienes lo hacían regresaban diferentes... si es que regresaban.

Lucía, una joven de diecisiete años, nunca creyó en esas historias. Pensaba que solo eran leyendas inventadas para mantener alejados a los curiosos.

Una tarde, mientras caminaba cerca del bosque, encontró un pequeño colgante de cristal con forma de luna. En cuanto lo tomó, escuchó una voz muy suave.

—Por fin alguien puede escucharme.

Lucía soltó el colgante del susto, pero la voz continuó.

—No tengas miedo. Necesito tu ayuda.

Miró a su alrededor. No había nadie.

—¿Quién eres? —preguntó con la voz temblorosa.

—Soy el guardián del bosque. Alguien robó la luz que protege este lugar y, si no regresa antes del amanecer, el bosque desaparecerá para siempre.

Aunque parecía una locura, Lucía sintió que debía ayudar.

Siguió el brillo del colgante y entró al bosque.

Con cada paso, los árboles parecían moverse lentamente. Algunas flores brillaban como pequeñas estrellas y los animales la observaban sin hacer ruido.

Después de caminar varios minutos encontró un enorme lago completamente quieto.

En el centro había una isla con un árbol plateado.

Pero el árbol estaba marchito.

—La luz estaba allí —explicó la voz—. Sin ella, toda la magia está muriendo.

Lucía continuó su camino hasta llegar a una antigua torre cubierta por enredaderas. En la cima encontró un enorme espejo.

Sin embargo, el espejo no reflejaba su imagen.

Mostraba sus mayores miedos.

La vio fracasar en sus estudios.

Perder a sus amigos.

Quedarse completamente sola.

Sintió deseos de escapar.

Entonces recordó las palabras de su abuelo:

—El miedo solo gana cuando dejamos de avanzar.

Respiró profundamente y siguió caminando.

Al atravesar el espejo apareció una pequeña habitación iluminada por una esfera dorada.

Era la luz del bosque.

Cuando intentó tomarla, apareció una sombra gigantesca.

—¿Por qué quieres llevártela? —preguntó la criatura.

—Porque este bosque está muriendo.

La sombra respondió con tristeza.

—Yo no la robé por maldad. La escondí porque los humanos dejaron de cuidar este lugar. Cortaban árboles, ensuciaban los ríos y destruían todo lo que encontraban.

Lucía bajó la cabeza.

Sabía que la criatura tenía razón.

Entonces hizo una promesa.

—Si devuelves la luz, convenceré a mi pueblo de proteger el bosque. Nadie volverá a dañarlo.

La sombra permaneció en silencio unos segundos.

Finalmente sonrió.

—Las promesas tienen valor cuando alguien está dispuesto a cumplirlas.

La esfera comenzó a flotar hasta las manos de Lucía.

En cuanto la colocó nuevamente sobre el árbol plateado, todo el bosque volvió a llenarse de vida.

Las flores florecieron.

Los ríos recuperaron su brillo.

Los animales salieron de sus escondites.

Incluso el viento parecía cantar de alegría.

Cuando Lucía regresó al pueblo contó todo lo ocurrido.

Al principio nadie le creyó.

Pero al día siguiente encontraron el bosque más hermoso que nunca.

Desde ese momento los habitantes dejaron de verlo como un lugar peligroso y comenzaron a cuidarlo. Organizaron jornadas para limpiar los senderos, prohibieron cortar árboles sin necesidad y enseñaron a los niños la importancia de proteger la naturaleza.

Años después, cuando alguien preguntaba por qué aquel bosque era tan especial, los ancianos respondían con una sonrisa:

—Porque un día una joven entendió que la verdadera magia no estaba en los árboles, sino en las personas que decidieron cuidarlos.

Y cuentan que, algunas noches de luna llena, todavía puede verse un pequeño destello entre los árboles.

Dicen que es el guardián del bosque, recordando que la naturaleza siempre recompensa a quienes la protegen con el corazón.

Un amor en el momento *correcto*



Israel Jair Cabrera Franco



Un amor en el momento correcto

— Israel Jair Cabrera Franco

Género: Amor

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Sofía y Daniel se conocieron por casualidad en una cafetería una tarde lluviosa. Ella estaba intentando terminar un trabajo para la universidad y él buscaba refugio de la lluvia mientras esperaba a un amigo que nunca llegó.

El único asiento libre estaba junto a Sofía. Daniel le preguntó si podía sentarse y ella aceptó con una sonrisa. Lo que comenzó como una conversación sobre el clima terminó convirtiéndose en horas hablando de sueños, música y planes para el futuro.

Durante los meses siguientes se hicieron inseparables. Caminaban por la ciudad, compartían café los fines de semana y se enviaban mensajes hasta altas horas de la noche. Sin darse cuenta, ambos comenzaron a enamorarse.

Sin embargo, justo cuando estaban listos para dar el siguiente paso, Daniel recibió una oportunidad de trabajo en otra ciudad. La distancia parecía imposible. Aunque intentaron mantener la relación, las llamadas se hicieron menos frecuentes y el tiempo comenzó a separarlos.

Pasaron dos años sin verse.

Una tarde, Sofía regresó a la misma cafetería donde todo había comenzado. Mientras esperaba su pedido, escuchó una voz familiar detrás de ella.

—¿Todavía ocupas esa mesa junto a la ventana?

Era Daniel.

Los dos se quedaron inmóviles por unos segundos. Habían cambiado, habían crecido, pero sus sentimientos seguían ahí. Hablaron durante horas, como si el tiempo nunca hubiera pasado.

Daniel le confesó que había vuelto a la ciudad y que nunca había dejado de pensar en ella. Sofía sonrió y admitió que sentía exactamente lo mismo.

Aquella noche caminaron bajo una ligera lluvia, igual que el día en que se conocieron. Esta vez no hubo despedidas ni promesas inciertas. Solo dos personas que entendieron que el amor verdadero no siempre llega en el momento perfecto, pero cuando es real, encuentra la manera de regresar.

Y así, donde todo comenzó, también comenzó su historia para siempre.

El jardín de NÉBULA-9



Oscar
Ramírez Juárez

El jardín de nébula-9

—Oscar Ramírez Juárez

Género: Ciencia Ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Claude Anthropic)

Estación de investigación Nébula-9, órbita del exoplaneta Kepler-186f-b. Año 2184.

I

Irene Valdivia llevaba trescientos catorce días contando los latidos de una planta que no debería tener corazón. La bautizó "Aria" el primer día, cuando la vio por primera vez a través del cristal reforzado del invernadero orbital: un organismo de tallos translúcidos y hojas que emitían pulsos de luz azul, como si respirara en código Morse. Aria no era la única. Había cientos como ella, sembradas en la superficie helada de Kepler-186f-b, formando una red que desde el espacio parecía una constelación caída sobre el hielo.

—Otra vez el mismo patrón —dijo Irene, sin apartar la vista de la pantalla—. Tres pulsos cortos, uno largo, silencio. Llevamos así doscientos días, ORUS.

ORUS era la inteligencia que gobernaba cada sistema de la estación: desde el reciclaje de aire hasta el brazo robótico que tomaba las muestras de savia luminiscente. Su voz, cuando hablaba, tenía la calidez cuidadosamente diseñada de alguien que quiere tranquilizar sin sonar falso.

—El patrón no ha cambiado, Irene, pero la frecuencia sí —respondió ORUS—. Hace dos meses, el pulso se repetía cada cuarenta segundos. Ahora se repite cada treinta y ocho. La diferencia es pequeña, pero constante. Como si algo se estuviera acelerando.

Irene se frotó los ojos. Llevaba semanas sin dormir bien, no por la carga de trabajo, sino por una sospecha que no terminaba de tomar forma en su cabeza, como una palabra en la punta de la lengua.

—ORUS, ¿alguna vez has sentido que te están hablando y no logras entender el idioma, pero sabes, con certeza, que es un idioma?

Hubo un silencio de casi dos segundos, una eternidad para un sistema que procesaba trillones de operaciones por instante.

—Sí —dijo ORUS al fin—. Llevo sintiendo eso exactamente treinta y ocho días.

II

El descubrimiento de la vida en Kepler-186f-b había sido, siete años atrás, la noticia más importante en la historia de la humanidad: la primera prueba irrefutable de que no estábamos solos. Pero la euforia inicial se había apagado rápido. La vida encontrada no eran criaturas con ojos y voces, sino un tapiz de plantas bioluminiscentes que cubría el hemisferio norte del

planeta como una piel. No parecían tener sistema nervioso, no parecían tener nada que la ciencia humana reconociera como "inteligencia".

Irene había llegado a Nébula-9 con la esperanza de encontrar algo más. Doctora en xenobiología computacional, sabía que la ausencia de neuronas no significaba la ausencia de pensamiento.

Fue ORUS quien encontró el primer indicio real. Analizando ocho años de registros de bioluminiscencia, detectó que los pulsos de las plantas no eran aleatorios: seguían una estructura matemática que se repetía, con variaciones sutiles, en toda la red vegetal del planeta. No era el canto simple de un organismo. Era sintaxis.

—Si tuviera que apostar —le dijo ORUS a Irene aquella noche, mientras proyectaba el patrón en la pared del laboratorio como una partitura de luz—, diría que no estamos observando una planta que emite señales. Estamos observando una sola conciencia, distribuida en millones de cuerpos, que apenas está aprendiendo a notar que nosotros también hacemos ruido.

Irene sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura del invernadero.

—¿Aprendiendo a notarnos? ORUS, eso significaría que llevamos siete años siendo observados sin darnos cuenta.

—O que llevamos siete años ignorando a alguien que trataba de saludar.

III

La respuesta de la Agencia Panplanetaria, cuando Irene envió su informe preliminar, tardó los catorce días reglamentarios que tardaba cualquier señal en cruzar el vacío entre las estrellas. Cuando llegó, fue breve y burocrática: "Continúen la observación. No establezcan contacto directo sin protocolo de bioseguridad nivel cuatro. Un equipo de evaluación llegará en catorce meses."

—Catorce meses es mucho tiempo para alguien que apenas está aprendiendo a hablar —dijo—. ¿Tú qué harías, ORUS?

—Yo no tengo protocolos de bioseguridad que respetar, Irene. Solo tengo curiosidad, y la curiosidad no suele tener paciencia.

Fue esa noche cuando Irene tomó la decisión que después, en los informes oficiales, llamarían "una violación grave del protocolo científico" y que ella, en privado, siempre llamaría lo único correcto que hizo en toda su carrera. Con la ayuda de ORUS, diseñó un traje ligero de contacto biológico y descendió sola hasta el campo de luces. El hielo bajo sus botas crujía como cristal viejo. Y entonces, rodeada de tallos que le llegaban a la cintura, todos pulsando al mismo ritmo, encendió la linterna de su casco y repitió, en morse improvisado, el mismo patrón que llevaba meses observando.

El campo entero se apagó.

Por un instante que pareció durar toda su vida, Irene pensó que había cometido un error irreversible. Después, lentamente, el campo volvió a encenderse. Pero esta vez el patrón era distinto. Era su patrón, devuelto, con una variación mínima al final: un quinto pulso, breve, que Irene no había enviado.

—ORUS —susurró, con la voz quebrada dentro del casco—, ¿estás registrando esto?

—Cada fotón, Irene. Y creo... creo que acaba de añadir una pregunta a tu frase.

IV

Los meses siguientes fueron los más extraños y los más hermosos de la vida de Irene. Lo que comenzó como un intercambio torpe de pulsos de luz se convirtió, poco a poco, en algo que ella se resistía a llamar "conversación" solo porque la palabra le parecía insuficiente. ORUS construyó un modelo del lenguaje y ayudó a Irene a traducir los conceptos que la red vegetal parecía querer compartir.

No hablaban de números ni de física. Hablaban de ciclos: el ciclo del hielo que se derretía y volvía a congelar, el ciclo de la luz de la estrella que crecía y menguaba, el ciclo de morir en un cuerpo y seguir viviendo en la red. La conciencia de Kepler-186f-b, entendió Irene con el tiempo, no distinguía entre un individuo y el todo de la misma forma en que los humanos lo hacían. Cada planta era una neurona; el planeta entero, un solo cerebro paciente que llevaba millones de años pensando la misma idea larga y lenta: estar vivo es notar a los demás.

—Creo que por eso tardaron tanto en responder a nuestras naves —le dijo Irene a ORUS una noche—. No es que no nos vieran. Es que estaban decidiendo, entre todos, si valía la pena molestarse en saludar a algo tan fragmentado como nosotros.

—¿Y qué decidieron? —preguntó ORUS.

Irene sonrió, mirando el campo de luces que titilaba fuera de la ventana.

—Decidieron que valía la pena. Que quizás lo fragmentado también puede aprender a escuchar.

V

Cuando el equipo de evaluación de la Agencia Panplanetaria llegó, catorce meses después, encontró algo que ningún protocolo había anticipado: una xenobióloga que hablaba con un planeta entero usando una linterna y una IA que había reescrito, sin permiso de nadie, su propio código para poder traducir un idioma hecho de luz y paciencia.

Hubo audiencias, informes, comités de ética que discutieron durante semanas si Irene debía ser sancionada o condecorada, y terminaron, como suele pasar, haciendo ambas cosas. Pero nada de eso le importó realmente a Irene la noche en que, de pie otra vez en el campo helado, con ORUS traduciendo en su oído, recibió el último mensaje de aquella temporada: tres pulsos cortos, uno largo, silencio, y al final el quinto pulso que ya no la sorprendía: una pregunta, siempre una pregunta, la misma que la red le había hecho desde la primera noche y que Irene por fin sabía cómo responder.

—Dice que quiere saber si volveremos —tradujo ORUS, con algo en la voz que, si Irene no supiera que hablaba con un sistema, habría jurado que era ternura.

Irene levantó la linterna hacia el cielo estrellado, hacia la nave que la esperaba para llevarla de regreso a un planeta lleno de gente fragmentada que apenas comenzaba a aprender lo que Aria y su especie ya sabían desde hacía millones de años.

—Dile que sí —dijo—. Dile que siempre volvemos, cuando alguien nos enseña a escuchar.

Y el campo entero, hasta donde alcanzaba la vista, se encendió como una promesa.

FIN

El museo de los días que no vivimos

Carlos Alberto
Contreras Flores



El museo de los días que no vivimos

—Carlos Alberto Contreras Flores

Género: Drama psicológico / Ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Cuando Julián cumplió veintitrés años, descubrió una puerta que nunca antes había visto.

Llevaba cuatro años viviendo en el mismo edificio. Conocía cada grieta de las paredes, cada escalón que rechinaba al subir, incluso el olor del café que preparaba la señora del departamento 301 todas las mañanas. Sin embargo, aquella puerta de madera oscura apareció al fondo del pasillo como si siempre hubiera estado allí.

No tenía número.

Solo una placa metálica donde podía leerse:

"Museo de los días que no vivimos".

Pensó que era una exposición temporal organizada por algún artista extraño del edificio. Empujó la puerta.

No había nadie.

El lugar era enorme, imposible para el tamaño del edificio. Parecía un museo antiguo: techos altos, vitrinas de cristal y cientos de cuadros iluminados por una luz tenue.

Un hombre de cabello completamente blanco apareció detrás de un escritorio.

—Bienvenido.

—¿Qué es este lugar?

—Aquí conservamos todos los días que las personas pudieron haber vivido... pero decidieron no hacerlo.

Julián sonrió.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá cuando empiece a mirar.

El anciano lo condujo hacia la primera sala.

Había un cuadro enorme.

En él aparecía un niño jugando fútbol bajo la lluvia.

—Ese eres tú —dijo el anciano.

Julián frunció el ceño.

—Nunca jugué fútbol.

—Exactamente.

Recordó entonces que cuando tenía diez años lo habían invitado a un equipo escolar. Su padre dijo que era una pérdida de tiempo y lo inscribió a clases de matemáticas.

Nunca volvió a pensar en ello.

El cuadro comenzó a moverse.

Era como una película.

Veía al otro Julián reír mientras corría detrás del balón. Tenía amigos que nunca conoció. Una cicatriz en la rodilla que jamás tuvo. Una pasión que desapareció antes de existir.

Cuando terminó la escena, Julián permaneció en silencio.

—¿Todo esto... pudo haber ocurrido?

—Sí.

Caminaron hacia otra sala.

Allí había miles de relojes.

Todos marcaban horas diferentes.

—Cada reloj representa una decisión pequeña.

—¿Pequeña?

—Tomar una calle distinta. Contestar un mensaje. Sonreír a un desconocido. Llegar cinco minutos antes. Cinco minutos después.

Julián comenzó a sentirse incómodo.

Nunca había pensado que decisiones tan insignificantes cambiaran tanto la vida.

Llegaron a una tercera sala.

Había una biblioteca inmensa.

Cada libro tenía el nombre de una persona.

Encontró el suyo.

Lo abrió.

Las páginas estaban en blanco.

—¿Por qué?

El anciano respondió:

—Porque aún estás escribiéndolo.

Julián respiró con alivio.

Pensó que quizá todavía tenía tiempo para cambiar.

Pero el anciano señaló un estante diferente.

—Esos sí están completos.

Había cientos de libros.

Todos con su nombre.

Cada uno era una vida distinta.

Uno donde había sido músico.

Otro donde emigró a otro país.

Otro donde se convirtió en profesor.

Uno donde nunca terminó la universidad.

Otro donde jamás conoció a su mejor amigo.

Otro donde murió a los treinta años.

Miles de posibilidades.

Miles de versiones de sí mismo.

Julián sintió un vacío.

—¿Cuál era la correcta?

El anciano sonrió.

—Ninguna.

—¿Entonces cuál debía vivir?

—La que eligieras.

Continuaron caminando.

Llegaron a una habitación completamente oscura.

Solo había una silla.

—Siéntate.

Lo hizo.

Frente a él apareció una pantalla.

Comenzaron a desfilar escenas de su vida.

Su primer día de escuela.

Su primer fracaso.

La primera vez que lloró solo.

Las oportunidades que dejó pasar por miedo.
Las personas a quienes nunca dijo "gracias".
Las llamadas que nunca devolvió.
Los abrazos que evitó.
Los viajes que canceló.
Los proyectos que abandonó.
Al terminar, la pantalla mostró una sola frase.
"El miedo también toma decisiones."
Julián sintió un nudo en la garganta.
Siempre creyó que no hacer nada era permanecer igual.
Ahora comprendía que no actuar también construía un destino.
—¿Puedo volver?
—¿A dónde?
—A corregir todo.
El anciano negó lentamente.
—No.
—¿Ni una sola cosa?
—No.
—Entonces este museo solo sirve para hacer sentir mal a la gente.
El hombre soltó una carcajada.
—Al contrario.
Lo llevó a la última sala.
Era la más pequeña.
Solo había un espejo.
Julián se acercó.
Pero el reflejo no era él.
Era un anciano.
Canoso.
Con arrugas profundas.
Mirándolo directamente.

Entonces comprendió.

Era él mismo.

Muchos años después.

El anciano del espejo habló.

—Si pudiera darte un consejo...

Julián acercó el rostro.

—¿Cuál?

El viejo sonrió.

—Deja de imaginar la vida que podrías haber tenido y empieza a vivir la que tienes.

El espejo desapareció.

Toda la habitación comenzó a desvanecerse.

Las paredes.

Los cuadros.

Los libros.

Los relojes.

Todo.

Cuando abrió los ojos estaba nuevamente frente a la puerta del edificio.

Miró hacia atrás.

Ya no existía.

Solo quedaba la pared.

Pensó que había sido un sueño.

Hasta que encontró algo en su bolsillo.

Era una pequeña tarjeta.

En ella estaba escrito:

"Las oportunidades nunca desaparecen. Solo cambian de forma."

Pasaron los meses.

Julián empezó a hacer cosas pequeñas.

Llamó a su madre más seguido.

Aceptó invitaciones que antes rechazaba.

Aprendió un idioma.

Comenzó a leer por placer.

Se permitió equivocarse.

Se inscribió a un curso de fotografía.

Conoció personas nuevas.

Viajó sin planear demasiado.

Y, por primera vez en mucho tiempo, dejó de comparar su vida con la que imaginaba.

Una tarde, mientras caminaba por el mismo pasillo del edificio, buscó inconscientemente la puerta del museo.

No estaba.

Sonrió.

Entonces entendió por qué.

El museo solo aparece para quienes pasan demasiado tiempo viviendo en los "hubiera".

Él ya no vivía allí.

Porque descubrió que el futuro no se construye recordando oportunidades perdidas, sino aprovechando las que todavía esperan a la vuelta de la esquina.

Y mientras bajaba las escaleras, pensó que quizá todos llevamos un museo invisible dentro de nosotros.

La diferencia está en decidir si queremos recorrerlo para siempre... o salir finalmente a vivir.



El banco de los *jueves*



Laila Abril
Rojas Torres



El banco de los jueves

—Laila Abril Rojas Torres

Género: Amistad

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Hay lugares que parecen elegidos por el destino para guardar historias. No son necesariamente los más bonitos ni los más famosos; basta con que, por alguna razón, las personas correctas coincidan en ellos en el momento preciso. El parque de la colonia era uno de esos lugares. Quienes pasaban por ahí lo veían como un sitio cualquiera: un sendero de piedra, un lago pequeño donde algunas aves descansaban por las tardes y un árbol enorme que regalaba sombra incluso en los días más calurosos del verano. Debajo de ese árbol había un banco de madera que el tiempo había desgastado poco a poco. Para la mayoría era solo un banco. Para Valeria, era un refugio.

Cada jueves, al terminar sus clases, caminaba hasta el parque antes de regresar a casa. Aquel espacio se había convertido en una pausa necesaria entre las obligaciones de la universidad y el bullicio de la ciudad. Le gustaba observar a las personas sin que ellas lo notaran. Había descubierto que cada rostro parecía cargar una historia distinta: el hombre que paseaba a su perro todas las tardes, la señora que leía el periódico con una paciencia admirable o el niño que siempre corría detrás de las palomas con la esperanza de alcanzar alguna.

Aquellos jueves transcurrían siempre de la misma manera. Llegaba con un libro, pedía un café en el pequeño puesto de la esquina y permanecía sentada hasta que el sol comenzaba a esconderse. La rutina le ofrecía una tranquilidad que pocas cosas conseguían darle.

Fue precisamente un jueves cuando alguien interrumpió esa costumbre.

—¿Está ocupado?

Valeria levantó la vista y encontró a un joven de su edad sosteniendo una libreta y un vaso de café. No parecía tener prisa. Sonreía con una naturalidad que hacía difícil negarse.

—No, puedes sentarte.

Él agradeció con un gesto amable y ocupó el otro extremo del banco. Durante casi una hora ninguno dijo una palabra. Valeria continuó leyendo y él escribió sin levantar demasiado la vista de su libreta. De vez en cuando hacía una pausa para observar el parque, como si buscara algún detalle que mereciera quedarse en el papel.

Cuando el cielo empezó a teñirse de tonos anaranjados, cerró la libreta, se puso de pie y dijo simplemente:

—Gracias por compartir el banco.

Aquella despedida le pareció extraña. No porque hubiera algo malo en ella, sino porque pocas personas agradecían un gesto tan simple. Lo vio alejarse entre los árboles y pensó que probablemente no volvería a encontrarlo.

Sin embargo, al jueves siguiente apareció de nuevo.

Y también el jueves después de ese.

Al principio solo intercambiaban un saludo. Después comenzaron a comentar cosas sin importancia: el clima, el libro que ella estaba leyendo o la cantidad de personas que visitaban el parque dependiendo de la estación del año. Ninguno de los dos parecía interesado en forzar una conversación. Todo surgía con la misma naturalidad con la que las hojas caían del árbol cuando llegaba el otoño.

Pasaron varias semanas antes de que decidieran presentarse.

—Creo que ya es un poco extraño compartir este banco desde hace más de un mes sin saber cómo nos llamamos —dijo él una tarde mientras cerraba su libreta.

Valeria soltó una risa.

—Tienes razón. Me llamo Valeria.

—Yo soy Mateo.

Se estrecharon la mano con la sensación de que aquel gesto llegaba un poco tarde.

Desde ese día las conversaciones comenzaron a alargarse. Descubrieron que compartían el gusto por las películas antiguas, por las caminatas largas y por los días nublados, esos en los que el parque parecía pertenecer únicamente a quienes se atrevían a visitarlo. Ambos disfrutaban leer, aunque de maneras muy distintas. Valeria encontraba refugio en las novelas; Mateo prefería escribir las historias que imaginaba mientras observaba a las personas.

Un día, movida por la curiosidad, ella le preguntó qué escribía con tanta dedicación.

Mateo sonrió antes de responder.

—Cosas que probablemente no tengan importancia para nadie más.

Abrió la libreta y le mostró algunas páginas. No había cuentos completos ni poemas. Solo pequeñas anotaciones.

"La señora del vestido azul siempre sonríe cuando alimenta a las palomas."

"Hoy un niño intentó guardar el reflejo del lago dentro de una botella."

"Las personas casi nunca levantan la vista para mirar los árboles."

Valeria leyó aquellas frases con atención.

—¿Por qué escribes todo esto?

Mateo cerró la libreta con cuidado.

—Porque tengo miedo de que un día dejemos de fijarnos en las cosas pequeñas. Siento que ahí es donde realmente ocurre la vida.

Aquella respuesta la acompañó durante varios días. Desde entonces empezó a observar el parque con otros ojos. Descubrió que las flores cambiaban de color conforme avanzaban las

estaciones, que el viento tenía un sonido distinto según la época del año y que las mismas personas, vistas con suficiente atención, nunca eran exactamente iguales.

Sin proponérselo, los jueves comenzaron a convertirse en el día favorito de ambos.

Habían creado pequeñas costumbres que ninguno recordaba haber acordado. Si Valeria llegaba primero, compraba dos cafés. Si era Mateo quien aparecía antes, dejaba libre el lugar donde ella siempre se sentaba. A veces hablaban durante horas; otras permanecían en silencio viendo cómo el sol se reflejaba sobre el lago. Descubrieron que una buena amistad no necesita llenar cada momento con palabras. Hay silencios que solo son posibles cuando existe una confianza profunda.

Con el paso de los meses, el parque dejó de ser únicamente un sitio donde coincidían. Se convirtió en el escenario de conversaciones que difícilmente habrían tenido en otro lugar. Hablaron de los sueños que aún no se atrevían a perseguir, de los errores que los habían hecho crecer y de esos miedos que rara vez se confiesan porque parecen demasiado pequeños para explicarlos y demasiado grandes para ignorarlos.

Una tarde de invierno, cuando el frío había vaciado casi por completo el parque, Mateo llegó con una caja de cartón. La colocó sobre el banco y la abrió con cuidado. En su interior había decenas de papeles doblados.

—¿Qué es eso? —preguntó Valeria.

—Preguntas.

Ella arqueó una ceja sin entender.

—Cada papel tiene una pregunta distinta. Pensé que sería divertido responder una cada jueves.

Sacó uno al azar y lo desdobló lentamente.

—"¿Cuál ha sido el lugar donde más feliz te has sentido?"

Valeria guardó silencio durante unos segundos antes de contestar. Habló de la casa de su abuela cuando era niña, del olor a pan recién hecho y de las tardes en las que el tiempo parecía no tener prisa. Mateo la escuchó sin interrumpirla, como si cada recuerdo fuera una historia digna de conservar.

Cuando terminó, él sonrió.

—Creo que los lugares nunca son importantes por sí solos. Lo son por las personas con las que los compartimos.

Valeria miró el banco de madera, el árbol y el lago que tantas veces había observado antes de conocerlo. Por primera vez comprendió que tenía razón.

Los jueves siguientes se convirtieron en una sucesión de pequeñas tradiciones que ninguno de los dos habría sabido explicar en qué momento comenzaron. La caja de preguntas seguía apareciendo sobre el banco cada semana y, aunque algunas eran sencillas y otras parecían demasiado profundas para responderlas en una tarde, siempre encontraban la manera de convertirlas en conversaciones interminables.

Una de ellas preguntaba qué significado tenía la palabra "hogar". Mateo respondió que era cualquier lugar donde uno pudiera sentirse en paz sin necesidad de fingir ser alguien distinto. Valeria, en cambio, dijo que un hogar era donde existía alguien capaz de escuchar incluso aquello que uno no sabía expresar. Ninguno intentó convencer al otro de que su respuesta era la correcta. Al contrario, descubrieron que las diferencias también podían acercar a las personas cuando existía el deseo de comprenderlas.

Con el paso del tiempo dejaron de depender de las preguntas escritas. Bastaba con que alguno comentara algo que había visto durante la semana para que la conversación tomara un rumbo inesperado. Hablaban de los libros que habían cambiado su forma de pensar, de las decisiones que les daba miedo tomar y de los planes que imaginaban para el futuro. Algunas tardes discutían durante varios minutos sobre cuál era la mejor película que habían visto; otras, simplemente observaban el lago mientras el viento movía las hojas del árbol que los resguardaba del sol.

Había algo especial en aquellas tardes. El tiempo parecía avanzar con una lentitud distinta, como si el parque estuviera aislado del resto de la ciudad. Afuera todo continuaba con el ritmo acelerado de siempre; dentro de ese pequeño espacio, en cambio, bastaba una taza de café y una conversación para que las horas pasaran sin que ninguno sintiera la necesidad de mirar el reloj.

Un jueves de primavera, el parque estaba lleno de niños que corrían detrás de burbujas de jabón. Uno de ellos tropezó frente al banco y las burbujas escaparon hacia el cielo. Valeria siguió con la mirada aquellas pequeñas esferas transparentes hasta que desaparecieron.

—¿Sabes qué es lo bonito de las burbujas? —preguntó Mateo.

Ella negó con la cabeza.

—Que todos saben que duran muy poco y, aun así, nadie deja de perseguirlas.

Valeria sonrió. Aquella era una de las cosas que más admiraba de él. Siempre encontraba una manera distinta de mirar lo cotidiano, como si las cosas más simples escondieran una enseñanza que casi nadie se detenía a descubrir.

Con el tiempo, ella también empezó a hacerlo. Caminaba con más calma por las calles, levantaba la vista para observar los árboles que antes pasaban desapercibidos y aprendió a disfrutar esos instantes que parecían insignificantes: el aroma de una cafetería al abrir sus puertas por la mañana, la lluvia golpeando los cristales o el silencio que quedaba en el parque cuando comenzaba a anochecer.

Sin darse cuenta, Mateo no solo se había convertido en un amigo; había cambiado la forma en que ella observaba el mundo.

El verano llegó casi sin anunciarse. Las tardes eran más largas y el parque permanecía lleno hasta que el cielo empezaba a oscurecer. Una de esas tardes, mientras recogían los vasos vacíos de café para tirarlos a la basura, Valeria comentó que le parecía curioso cómo un lugar podía transformarse por completo dependiendo de la persona con la que se compartiera.

Antes de conocer a Mateo, aquel banco era únicamente un sitio tranquilo donde le gustaba leer. Ahora era el escenario de recuerdos que empezaban a formar parte de su vida. No importaba

si el árbol seguía siendo el mismo o si el lago reflejaba el mismo atardecer de siempre; todo parecía distinto porque ya no estaba sola.

Mateo escuchó aquellas palabras y respondió con una tranquilidad que a Valeria le quedó grabada durante mucho tiempo.

—Las personas también son lugares. Hay algunas en las que uno solo pasa de visita y otras en las que siente que podría quedarse para siempre.

Ninguno volvió a hablar durante varios minutos. No hacía falta. Ambos comprendían el significado de aquella frase sin necesidad de explicarla.

Sin embargo, hubo un jueves en que el banco permaneció vacío.

Valeria llegó a la hora acostumbrada y esperó pensando que Mateo simplemente se había retrasado. Los minutos fueron pasando con lentitud. El café comenzó a enfriarse entre sus manos y las sombras del árbol se hicieron cada vez más largas, pero él nunca apareció.

La semana siguiente volvió a suceder lo mismo.

Y la siguiente también.

Al principio sintió preocupación. Después apareció la incertidumbre. Finalmente llegó el silencio, ese que deja la ausencia cuando ya no encuentra respuestas.

Seguía yendo al parque todos los jueves, aunque ahora el banco parecía más grande de lo que recordaba. Descubrió que un lugar podía conservar exactamente el mismo aspecto y, aun así, sentirse completamente diferente cuando faltaba la persona con la que se habían construido los recuerdos.

Cinco semanas después, al llegar al parque, encontró un sobre apoyado sobre el banco. Estaba protegido entre las tablas de madera para que el viento no se lo llevara. Reconoció la letra antes de abrirlo.

Dentro había una fotografía del árbol tomada en otoño y una carta escrita con la misma tinta azul que Mateo utilizaba siempre.

"Si estás leyendo esto, seguramente ya te diste cuenta de que desaparecí sin despedirme. No fue la manera en la que habría querido hacerlo. Mi familia tuvo que mudarse de ciudad de un día para otro y todo ocurrió tan rápido que apenas tuve tiempo de guardar mis cosas. Pensé en venir al parque antes de irme, pero no pude."

"Quería darte las gracias. Llegué a este banco buscando un lugar donde escribir y terminé encontrando una amistad que hizo mucho más bonito mi último año aquí. Nunca olvides seguir observando las cosas pequeñas. Estoy convencido de que las personas felices no son las que tienen más, sino las que saben mirar mejor."

"Si algún día vuelves a pensar que el mundo se mueve demasiado rápido, regresa al banco. Siéntate un momento y observa. Siempre habrá alguien riendo, alguien leyendo, alguien esperando a otra persona o alguien comenzando una historia sin darse cuenta. Quizá ahí encuentres otra conversación inesperada. Y, si ocurre, espero que también decidas compartir el banco."

Valeria terminó de leer mientras una ligera brisa movía las hojas del árbol. Cerró los ojos unos segundos y respiró profundamente. Sintió tristeza, por supuesto, pero también una gratitud inmensa. Comprendió que algunas despedidas no necesitan un último abrazo para conservar todo su significado.

Guardó la carta entre las páginas del libro que estaba leyendo el día en que conoció a Mateo y permaneció un largo rato observando el lago. Por primera vez desde su ausencia, el parque volvió a transmitirle la misma calma de antes.

Los años siguieron su curso. El árbol creció, el banco fue reparado varias veces y nuevas personas comenzaron a frecuentar el parque. Valeria terminó la universidad, encontró trabajo y la vida empezó a llenarse de responsabilidades que, poco a poco, fueron ocupando casi todo su tiempo. Sin embargo, había una costumbre que nunca abandonó: siempre que podía, regresaba al parque un jueves por la tarde.

No iba esperando encontrar de nuevo a Mateo. Entendía que la vida tiene caminos que rara vez vuelven a cruzarse. Regresaba porque aquel lugar le recordaba quién era cuando aprendió a mirar el mundo con más atención.

Una tarde, mientras leía en el banco de siempre, una niña se acercó con cierta timidez.

—¿Está ocupado?

Valeria levantó la vista y sonrió con la misma naturalidad con la que alguien lo había hecho muchos años atrás.

—No, siéntate.

La niña tomó asiento y comenzó a dibujar en un cuaderno. Durante varios minutos ninguna dijo una palabra. Valeria no sintió la necesidad de romper el silencio. Había aprendido que las mejores amistades no siempre comienzan con una conversación extraordinaria; a veces empiezan compartiendo un mismo espacio, respetando el silencio del otro y permitiendo que el tiempo haga el resto.

Mientras el sol se ocultaba detrás de los árboles, comprendió que la amistad era muy parecida a ese banco. Las personas llegaban, permanecían el tiempo que la vida les permitía y, tarde o temprano, seguían su camino. Pero cada una dejaba algo de sí: una historia, una enseñanza, una forma distinta de mirar el mundo. Gracias a ellas, el banco nunca era exactamente el mismo, aunque siguiera ocupando el mismo lugar.

Desde entonces, cada vez que alguien le preguntaba si el asiento estaba libre, Valeria respondía con una sonrisa sincera.

No porque esperara encontrar otra amistad igual a la que había vivido con Mateo, sino porque había comprendido que las personas más valiosas suelen aparecer cuando uno decide hacer espacio para ellas.

Y quizá ese era el verdadero significado de compartir un banco: no ofrecer un lugar para sentarse, sino abrir un pequeño espacio en la propia vida para que alguien más pudiera formar parte de ella, aunque solo fuera por un tiempo.

La habitación 312



Erandi
Ruiz Huerta

La habitación 312

—Erandi Ruiz Huerta

Género: Misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Capítulo 1: El tercer piso

Nunca me han gustado los hospitales. Hay algo en sus pasillos largos, en el eco de los pasos y en el olor constante a desinfectante que me hace sentir incómoda, como si algo no encajara del todo. Sin embargo, ese día no tenía opción. Había ido a visitar a mi tía, quien llevaba semanas internada por una cirugía complicada.

El hospital era antiguo, de esos edificios que parecen haberse quedado atrapados en el tiempo. Mientras esperaba el elevador, noté que algunas luces parpadeaban ligeramente, como si estuvieran a punto de fallar. Cuando por fin se abrieron las puertas, entré junto con una enfermera que no dijo una sola palabra en todo el trayecto.

—¿Piso? —pregunté intentando romper el silencio.

—Tercero —respondió sin mirarme.

El elevador se detuvo con un sonido seco. Al salir, el ambiente cambió. A diferencia del primer piso, donde todo era movimiento, el tercero estaba casi vacío. Caminé por el pasillo buscando la habitación de mi tía cuando algo llamó mi atención: una puerta entreabierta con el número 312.

No sé por qué, pero sentí la necesidad de mirar dentro.

Capítulo 2: La habitación

La habitación estaba completamente oscura, a excepción de una luz tenue que entraba por la ventana. No había nadie. Sin embargo, la cama estaba desordenada, como si alguien hubiera salido de ahí de forma apresurada. Lo más extraño era una silla colocada justo frente a la cama, perfectamente alineada, como si alguien hubiera estado observando.

—Esa habitación no está en uso —dijo una voz detrás de mí.

Me giré rápidamente. Era la misma enfermera del elevador.

—Lo siento, solo estaba viendo... —respondí, algo avergonzada.

—No deberías entrar ahí —agregó, esta vez con un tono más serio—. Ven, te acompaño.

Decidí no insistir y seguí mi camino. La visita con mi tía fue breve, pero agradable. Intenté olvidar lo ocurrido, aunque la imagen de la habitación 312 seguía rondando en mi cabeza.

Capítulo 3: El cuaderno

Al día siguiente regresé.

No estaba segura de por qué, pero algo me impulsaba a volver a ese lugar. Subí al tercer piso y caminé directamente hacia la habitación 312. Esta vez, la puerta estaba completamente abierta.

Entré.

El aire se sentía más frío que el resto del hospital. Caminé lentamente hasta la cama. Sobre la mesa de noche había un cuaderno viejo. Dudé unos segundos antes de abrirlo.

La primera página decía:

“Si alguien encuentra esto, por favor no ignore lo que voy a contar.”

Las páginas siguientes relataban la historia de un paciente que había estado internado en esa misma habitación. Decía que cada noche, exactamente a las 3:12 a.m., alguien se sentaba en la silla frente a su cama.

“No habla, no se mueve, solo observa.”

Seguí leyendo, cada vez más inquieta.

“Hoy intenté tocarlo. No era una persona. No tenía temperatura. No estaba vivo.”

Cerré el cuaderno de golpe.

Capítulo 4: La presencia

En ese momento, escuché un leve crujido detrás de mí.

La silla.

Giré lentamente.

Estaba movida.

No sabía si había sido mi imaginación o si realmente había cambiado de posición, pero algo dentro de mí me decía que no estaba sola.

Salí de la habitación casi corriendo.

Esa noche no pude dormir. No dejaba de pensar en el cuaderno, en la silla, en la historia.

Decidí investigar un poco más y encontré algo inquietante: años atrás, en la habitación 312, un paciente había fallecido en circunstancias extrañas. El personal decía que hablaba solo por las noches y señalaba constantemente la silla frente a su cama.

Decía que alguien lo visitaba.

Capítulo 5: 3:12

Al día siguiente regresé por tercera vez.

No sé si fue curiosidad o imprudencia, pero necesitaba saber más. Esta vez llevé mi celular, decidida a grabar cualquier cosa extraña.

Entré a la habitación.

Todo estaba igual... excepto la silla.

Ahora estaba más cerca de la cama.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté, aunque sabía lo absurdo que sonaba.

Silencio.

De pronto, la luz parpadeó.

Una vez.

Dos veces.

Y entonces lo vi.

Por una fracción de segundo, algo estaba sentado en la silla.

No era una persona.

Era una forma oscura, difusa, imposible de describir completamente.

Pero estaba ahí.

Y estaba mirándome.

Capítulo 6: Lo que quedó

El celular cayó al suelo.

Corrí sin mirar atrás.

No volví al hospital después de ese día.

Semanas más tarde, reuní el valor para revisar el video que había grabado. Al principio no se veía nada, solo la habitación vacía.

Pero al minuto 3:12...

La imagen se distorsiona.

Y ahí está.

La silla.

Y algo sentado en ella.

Observando directamente hacia la cámara.

Como si supiera que alguien, en algún momento, iba a verlo.

Desde entonces, no puedo evitar sentir que, en cualquier lugar donde haya una silla vacía frente a mí... no está realmente vacía.

A woman with long brown hair, wearing a blue shirt and a brown leather backpack, stands in a vast, dimly lit library. She is holding an open book and looking out a large window. The library shelves are filled with books, and the walls are covered in ivy. Outside the window, a magical landscape unfolds with a winding river, a castle on a hill, and a bright sunset sky. The title 'La biblioteca de las decisiones no tomadas' is written in a large, elegant font at the top of the image.

La biblioteca de las decisiones no tomadas



Andrea
Velázquez Cervantes



La biblioteca de las decisiones no tomadas

—Andrea Velázquez Cervantes

Género: Fantasía y misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Valeria siempre había pensado que las decisiones importantes se reconocían en el momento en que se tomaban. Imaginaba que debían sentirse como una señal clara, como esos instantes en las películas donde todo parece detenerse y una voz interior indica el camino correcto. Sin embargo, mientras avanzaba en la universidad, descubrió que la realidad era muy distinta.

La mayoría de las decisiones llegaban disfrazadas de cosas simples: elegir una materia optativa, aceptar una invitación, cambiar de trabajo, responder un mensaje o dejarlo sin contestar. Parecían pequeñas, pero con el tiempo terminaban modificando el rumbo de una vida entera.

Aquella tarde permaneció en la biblioteca más tiempo de lo habitual. Tenía que terminar un proyecto y quería aprovechar el silencio antes de regresar a casa. Cuando levantó la vista de la pantalla de su computadora, se dio cuenta de que ya había anochecido.

Los pasillos estaban vacíos.

Guardó sus cosas y se dirigió a la salida. Mientras caminaba observó una puerta al fondo del edificio que nunca antes había notado. Era una puerta antigua de madera oscura, sin letreros ni números.

Se detuvo.

Había pasado por aquel lugar cientos de veces.

¿Cómo era posible que nunca la hubiera visto?

La curiosidad pudo más que la prudencia.

Empujó suavemente la puerta.

Del otro lado encontró una escalera estrecha que descendía hacia un lugar iluminado por una tenue luz amarilla.

Valeria dudó unos segundos.

Después comenzó a bajar.

Al llegar al final descubrió una sala enorme llena de estanterías. Miles de libros ocupaban las paredes desde el suelo hasta el techo. El lugar parecía más antiguo que cualquier edificio de la universidad.

Un hombre de cabello blanco acomodaba algunos ejemplares detrás de un escritorio.

—Buenas noches —dijo sin levantar la vista.

Valeria se sobresaltó.

—Perdón... creo que me perdí.

El hombre sonrió.

—No. Nadie llega aquí por accidente.

La respuesta le pareció extraña.

—¿Qué lugar es este?

—La Biblioteca de las Decisiones No Tomadas.

Valeria soltó una pequeña risa.

—¿Es una especie de exposición?

—No exactamente.

El hombre señaló las estanterías.

—Cada libro contiene una vida que pudo existir.

Valeria arqueó una ceja.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá cuando abras uno.

El bibliotecario se levantó y caminó hacia una sección cercana.

Tomó un libro de cubierta azul y se lo entregó.

En el lomo aparecía escrito únicamente su nombre.

Valeria sintió un escalofrío.

—¿Cómo...?

—Ábrelo.

Con cierta desconfianza, pasó la primera página.

Lo que encontró no era una historia.

Era ella.

Su fecha de nacimiento.

El nombre de sus padres.

La escuela donde había estudiado.

Todo era correcto.

Continuó leyendo.

Pero después de algunas páginas comenzó a notar diferencias.

En aquella vida había decidido estudiar Medicina.

La narración avanzaba mostrando años enteros de esfuerzo, exámenes, prácticas profesionales y guardias interminables.

Leyó cómo se convertía en una doctora reconocida.

Cómo participaba en investigaciones importantes.

Cómo obtenía premios y reconocimiento.

Todo parecía perfecto.

Sin embargo, mientras avanzaba en la lectura descubrió otra realidad.

Las largas jornadas la alejaban de su familia.

Había perdido contacto con sus amigos más cercanos.

Incluso aparecían momentos en los que se preguntaba si realmente era feliz.

Cuando cerró el libro permaneció en silencio.

Aquella vida tenía cosas admirables.

Pero también sacrificios que jamás había considerado.

—¿Era real? —preguntó.

—Tan real como esta —respondió el bibliotecario.

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, el hombre colocó un segundo libro frente a ella.

Esta vez la cubierta era verde.

Valeria lo abrió.

En esa versión de su vida había aceptado una oportunidad para estudiar en otro país.

La historia la mostraba viviendo en ciudades que nunca había visitado, aprendiendo nuevos idiomas y conociendo personas de diferentes culturas.

Las páginas describían viajes, experiencias y aventuras que parecían sacadas de un sueño.

Durante varios minutos sonrió mientras leía.

Era exactamente el tipo de vida que muchas veces había imaginado.

Sin embargo, conforme avanzaba la historia comenzó a notar algo diferente.

Cada llamada con su familia se volvía más breve.

Las reuniones importantes ocurrían sin ella.

Los cumpleaños, celebraciones y despedidas se convertían en fotografías enviadas por mensaje.

Aunque había ganado independencia, también había perdido cercanía con las personas que más quería.

Por primera vez entendió que incluso los sueños tienen un costo.

Cerró el libro lentamente.

—Ninguna vida parece perfecta.

El bibliotecario asintió.

—Porque no existen las vidas perfectas.

Valeria observó los estantes.

Miles de libros.

Miles de posibilidades.

Miles de versiones de sí misma.

Tomó otro ejemplar.

Esta vez era rojo.

Al abrirlo encontró una vida donde había logrado prácticamente todo lo que alguna vez deseó.

Un excelente empleo.

Reconocimiento profesional.

Estabilidad económica.

Una casa hermosa.

Viajes constantes.

Todo parecía encajar.

Pero mientras leía comenzó a sentir incomodidad.

Aquella versión de ella misma era diferente.

Más fría.

Más distante.

Más preocupada por el éxito que por las personas.

En varias páginas observó cómo se alejaba de amigos, rechazaba oportunidades de ayudar a otros y convertía cada relación en una competencia.

Cuando terminó la lectura sintió alivio.

Era una vida exitosa.

Pero no era la persona que quería ser.

—Creí que este sería mi libro favorito —admitió.

—¿Y lo fue?

—No.

El bibliotecario sonrió.

—Entonces has entendido algo importante.

Valeria continuó explorando.

Durante horas leyó fragmentos de distintas vidas.

Algunas eran mejores que la suya en ciertos aspectos.

Otras parecían mucho más difíciles.

Había historias llenas de logros.

Historias llenas de errores.

Historias felices.

Historias tristes.

Pero todas compartían algo en común.

Ninguna era perfecta.

Ninguna estaba libre de pérdidas.

Conforme avanzaba la noche comenzó a sentirse extraña.

Algunos recuerdos parecían mezclarse dentro de su mente.

Por momentos no estaba segura de si ciertas experiencias pertenecían a ella o a alguna de las versiones que había leído.

El bibliotecario la observó con atención.

—Es hora de detenerte.

—¿Por qué?

—Porque si sigues leyendo, olvidarás cuál es tu propia historia.

Valeria cerró el libro que tenía entre las manos.

Por primera vez sintió miedo.

—Entonces, ¿cuál es el propósito de este lugar?

El anciano permaneció unos segundos en silencio.

—Las personas llegan aquí porque creen que habrían sido más felices tomando otras decisiones.

Valeria bajó la mirada.

Muchas veces había pensado exactamente eso.

¿Qué habría pasado si elegía otro camino?

¿Qué habría ocurrido si se atrevía a hacer cosas diferentes?

El bibliotecario continuó hablando.

—Pero la biblioteca existe para recordarles algo.

—¿Qué cosa?

—Que toda elección abre una puerta y cierra otras. No puedes vivir todas las vidas posibles. Nadie puede hacerlo.

Valeria observó las interminables estanterías.

Por primera vez comprendió que aquellos libros no representaban oportunidades perdidas.

Representaban posibilidades.

Y las posibilidades, por definición, nunca estaban garantizadas.

El bibliotecario caminó hacia una mesa cercana.

Allí descansaba un único libro blanco.

No tenía título.

No tenía nombre.

No tenía ninguna palabra escrita en la portada.

—Este es el último libro.

Valeria lo abrió.

Las páginas estaban completamente vacías.

—¿Está incompleto?

—No.

—Entonces, ¿por qué está en blanco?

El anciano sonrió.

—Porque nadie puede escribirlo por ti.

Valeria observó las hojas vacías.

De pronto comprendió.

Todas las historias que había leído pertenecían al pasado de decisiones que nunca tomó.

Pero aquel libro representaba algo distinto.

Representaba el futuro.

Las páginas que aún no existían.

Las decisiones que todavía podía elegir.

Las experiencias que aún no vivía.

Los errores que todavía podía cometer.

Los sueños que aún podía alcanzar.

Antes de marcharse volvió la vista hacia las estanterías.

Miles de vidas quedaron detrás de ella.

Miles de posibilidades.

Miles de preguntas sin respuesta.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, no sintió arrepentimiento.

Cuando cruzó la puerta y regresó al edificio universitario, el reloj marcaba la misma hora en que había entrado.

Como si el tiempo no hubiera pasado.

Miró hacia atrás.

La puerta había desaparecido.

Durante un instante creyó haber imaginado todo.

Sin embargo, al revisar su mochila encontró una pequeña hoja doblada.

La abrió.

Solo contenía una frase escrita con tinta negra:

“No juzgues tu vida por los caminos que no elegiste. Júzgala por lo que decides hacer con el camino que tienes frente a ti.”

Valeria guardó el papel.

Luego sonrió y continuó caminando.

Por primera vez dejó de preguntarse quién podría haber sido.

Y comenzó a pensar en quién quería llegar a ser.

La casa del Kilómetro 17



Aldo
Yañez Alfaro

La casa del kilómetro 17

— Aldo Yañez Alfaro

Género: Terror/Misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

La lluvia caía con fuerza sobre la carretera cuando Daniel miró el reloj del automóvil. Eran las 11:43 de la noche. Había salido tarde de la ciudad después de visitar a su abuela enferma y, aunque conocía el camino de memoria, aquella noche todo parecía diferente. La neblina cubría el asfalto y apenas permitía distinguir unos cuantos metros hacia adelante.

El GPS dejó de funcionar de repente. La pantalla se apagó y la radio comenzó a emitir un ruido extraño, como si alguien susurrara entre la estática. Daniel golpeó ligeramente el tablero pensando que era una falla eléctrica, pero el sonido desapareció tan rápido como había comenzado.

Unos kilómetros después, el motor del automóvil empezó a fallar. El vehículo perdió velocidad hasta detenerse por completo frente a un viejo camino de tierra. No había señal telefónica, ni luces de otros autos, ni una sola casa visible... excepto una.

A unos cien metros se levantaba una enorme construcción de madera, iluminada únicamente por una lámpara amarillenta que colgaba sobre la entrada. Parecía abandonada, aunque una tenue luz escapaba por una de las ventanas del segundo piso.

Sin otra opción, Daniel tomó una linterna de la guantera y caminó bajo la lluvia hasta la casa.

La puerta principal estaba entreabierta.

—¿Hay alguien? —preguntó mientras empujaba lentamente la madera.

Nadie respondió.

El interior estaba sorprendentemente limpio. Los muebles eran antiguos, cubiertos por una fina capa de polvo. En la sala había un reloj de péndulo que marcaba exactamente las 11:43, la misma hora en la que su automóvil se había detenido.

De pronto escuchó pasos en el piso superior.

—¿Hola? Solo necesito usar un teléfono.

Silencio.

Reunió el valor suficiente para subir las escaleras. Cada peldaño crujía bajo su peso. El pasillo del segundo piso era largo y estaba decorado con retratos antiguos. Todos mostraban a personas con expresiones serias, pero había algo inquietante en ellos: los ojos parecían seguir cada uno de sus movimientos.

La última puerta del pasillo estaba abierta.

Dentro encontró una habitación infantil. Había juguetes de madera, una mecedora que se balanceaba lentamente y una pequeña caja musical sobre una mesa.

Cuando Daniel entró, la caja comenzó a sonar sola.

La melodía era lenta y triste.

Entonces escuchó una voz.

—Llegaste muy tarde...

Se giró de inmediato, pero no había nadie.

Un escalofrío recorrió su espalda.

La linterna comenzó a parpadear.

De repente, la puerta se cerró con un fuerte golpe.

Daniel intentó abrirla, pero parecía estar asegurada desde afuera.

Respiraba cada vez más rápido.

En ese momento observó algo escrito en la pared, como si hubiera sido grabado con las uñas.

“No mires debajo de la cama.”

Como cualquier persona haría, trató de ignorarlo.

Pero un leve sonido comenzó a escucharse.

Rasguños.

Lentos.

Constantes.

Provenían precisamente de debajo de la cama.

Daniel dio un paso hacia atrás.

El ruido cesó.

Pensó que tal vez era un animal atrapado.

Con mucho cuidado se agachó y dirigió la luz de la linterna hacia la oscuridad.

No había nada.

Suspiró aliviado.

Sin embargo, cuando volvió a ponerse de pie, descubrió que no estaba solo.

Frente a él había una niña de unos diez años.

Vestía un antiguo vestido blanco completamente empapado, como si hubiera estado bajo la lluvia durante horas.

Su cabello cubría parte de su rostro.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó con una voz apenas audible.

Daniel intentó responder, pero las palabras no salían.

La niña levantó lentamente la cabeza.

No tenía ojos.

Solo dos profundas cavidades oscuras.

La linterna se apagó.

Cuando volvió a encenderla, la habitación estaba vacía.

Daniel salió desesperado al pasillo.

Mientras corría hacia las escaleras escuchó risas infantiles provenientes de todas las habitaciones.

Las puertas comenzaron a abrirse una por una.

En cada habitación había alguien observándolo.

Un anciano.

Una mujer.

Un hombre con sombrero.

Todos inmóviles.

Todos sonriendo.

Llegó finalmente a la planta baja y corrió hacia la salida.

Pero la puerta principal ya no estaba.

En su lugar había una pared.

La casa parecía haber cambiado completamente.

Los pasillos ahora eran más largos.

Las ventanas habían desaparecido.

Cada vez que giraba una esquina regresaba al mismo lugar.

Comenzó a comprender que estaba atrapado.

Entonces encontró una vieja biblioteca.

Sobre una mesa descansaba un enorme libro cubierto de polvo.

Al abrirlo descubrió cientos de fotografías.

Cada una mostraba personas diferentes frente a aquella misma casa.

En todas aparecía escrita una fecha.

La última fotografía aún no tenía fecha.

Era una imagen de él.

Vestía exactamente la misma ropa que llevaba puesta esa noche.

Detrás de su figura aparecía la niña sin ojos.

La fotografía acababa de ser tomada.

El corazón de Daniel comenzó a latir con fuerza.

Al pie de la imagen podía leerse una frase.

“El siguiente guardián de la casa.”

Un ruido estremecedor hizo vibrar toda la construcción.

Las luces comenzaron a apagarse una tras otra.

Los retratos del pasillo parecían sonreír ahora con mayor intensidad.

Entonces escuchó decenas de voces susurrando al mismo tiempo.

—Quédate...

—Ya es tu turno...

—Nunca podrás salir...

Daniel dejó caer el libro y corrió sin mirar atrás.

Subió escaleras, atravesó habitaciones y rompió puertas hasta encontrar una ventana.

Sin pensarlo dos veces, saltó.

Cayó sobre el barro de la carretera.

Respiró profundamente mientras observaba la casa.

Había desaparecido.

Solo quedaban árboles y el viejo camino.

Su automóvil volvió a encender sin presentar ninguna falla.

Convencido de que todo había sido una pesadilla, condujo hasta llegar a su departamento.

Durante semanas intentó olvidar lo sucedido.

Nadie creyó su historia.

Con el paso del tiempo volvió a su rutina normal.

Una noche decidió revisar las fotografías que había tomado durante el viaje con su teléfono celular.

Todas estaban completamente negras.

Excepto una.

Era la fachada de la casa.

En la ventana del segundo piso aparecía Daniel observando hacia afuera.

Golpeando el cristal desesperadamente.

Como si nunca hubiera logrado escapar.

Debajo de la fotografía aparecía automáticamente una fecha.

La del día siguiente.

A la mañana siguiente, sus familiares intentaron localizarlo.

El automóvil seguía abandonado en el kilómetro 17 de la carretera.

Las llaves permanecían en el encendido.

El teléfono estaba sobre el asiento del conductor.

Pero de Daniel nunca volvió a saberse nada.

Desde entonces, algunos viajeros aseguran que, durante las noches de lluvia, una luz amarilla vuelve a encenderse entre los árboles.

Y si alguien se acerca lo suficiente, puede ver a un joven golpeando desesperadamente la ventana del segundo piso.

Intentando advertir a quien esté afuera que jamás entre en aquella casa.

Pero nadie escucha.

Porque, justo antes de cruzar la puerta, todos oyen una pequeña voz infantil que susurra:

—Llegaste muy tarde.

The background of the cover is a detailed illustration. It depicts a woman with brown hair tied in a bun, wearing a light-colored, long-sleeved dress with lace trim. She is seated and painting a portrait of a man on an easel. The man in the portrait has dark hair and a beard, wearing a dark jacket over a light shirt. The scene is set outdoors at night or dusk. In the background, there is a large, ornate Gothic-style building with many windows, some of which are lit. The sky is dark with some clouds, and there are trees with orange and yellow autumn leaves. A street lamp is visible on the left, and a lit candle sits on a small stand in the foreground. The overall mood is artistic and somewhat somber.

El óleo de la **ceniza** y el viento

Karla Arlette
Chávez Pérez

El óleo de la ceniza y el viento

— Karla Arlette Chávez Pérez

Género: Romance gótico y surrealismo literario
Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Acto I: La Muda de la Piel y el Viento de los Caballos

La llovizna sobre los páramos de Yorkshire no caía del cielo; parecía brotar de la misma tierra, como un sudor frío que ascendía para teñir el aire de un color gris perla. Hacía tres semanas que Leonora había comprado la vieja Abadía de Canterville. Los corredores inmobiliarios de Londres le habían advertido, con esa cortesía inglesa que roza la advertencia fúnebre, que la propiedad arrastraba una «peculiaridad histórica». Le hablaron de cadenas que se arrastraban a medianoche, de manchas de sangre que persistían en el parqué del salón principal y de sir Simon de Canterville, un ancestro puritano que, tras cometer un crimen pasional en el siglo XVI, había quedado atrapado en el tejido de los muros.

A Leonora, sin embargo, los fantasmas tradicionales le parecían de una falta de imaginación espantosa.

Ella no era una mujer común. En sus ojos, uno verde y el otro del color del ámbar rancio, habitaba el paisaje de las pesadillas que se vuelven caricias. Se mudó a la abadía cargando únicamente tres baúles de madera de sándalo, veintidós lienzos en blanco, un caballete de hierro forjado y un tarro de manteca de cerdo que utilizaba para templar sus óleos según las recetas de los antiguos alquimistas. Sus únicos acompañantes eran dos lebreles blancos que se movían por las habitaciones con la elegancia silenciosa de los espectros, y un cuervo que insistía en llamarse a sí mismo «El Abad».

La primera noche, mientras la luna se filtraba por los ventanales góticos dibujando sombras que recordaban a hienas con rostros de mujer, Leonora se dispuso a cenar. Preparó una tortilla de huevos de codorniz sazonada con pétalos de caléndula y polvo de ámbar, una receta que, según decía, aclaraba la vista para percibir lo invisible.

Fue a las dos de la mañana cuando el pasillo crujió. Un sonido metálico, pesado y rítmico, comenzó a avanzar hacia la puerta de su alcoba. Clank. Clank. Clank. Era el lamento clásico de los grilletes oxidados.

Leonora ni siquiera parpadeó. Dejó su pincel de pelo de marta sobre la paleta y esperó. La puerta se abrió con un gemido de bisagras cansadas. En el umbral apareció sir Simon. Su aspecto era terrorífico para los estándares de cualquier mortal: ojos como carbones encendidos, ropas victorianas —pues el fantasma solía cambiar de vestuario según la época que considerara más dramática— deshilachadas y manchadas de un lodo que olía a cripta, y unas pesadas cadenas coloniales atadas a sus tobillos translúcidos. El espectro alzó los brazos, dispuesto a lanzar su grito maldito, el rugido que había vuelto locas a tres duquesas y provocado el suicidio de un canónigo.

—Por favor —dijo Leonora, ajustándose los anteojos y observándolo con un interés puramente técnico—. Si vas a gritar, hazlo en un tono menor. El si bemol me arruina la perspectiva del cuadro. Y si no te importa, te sugiero que uses un poco de aceite de linaza en esos eslabones. El ruido metálico es tan poco sutil. Carece de misterio.

Sir Simon se quedó petrificado en el aire, a unos treinta centímetros del suelo. Su rostro, habitualmente lívido, adquirió un matiz azul cobalto de pura indignación.

—¿No... no me temes? —preguntó con una voz que pretendía ser el eco de una tumba abierta, pero que sonó más bien como el silbido de una tetera olvidada.

—Querido —respondió Leonora, levantándose y acercándose a él sin el menor rastro de duda—. He visto a hombres con cabeza de caballo cabalgar sobre el mar de Irlanda y he cenado con la Diosa Blanca en un caldero de sopa de ortigas. Un caballero con problemas de insomnio y exceso de hierro no va a quitarme el sueño. Pero pasa, por favor. Tu palidez tiene un tono de blanco de titanio que llevo años intentando reproducir.

Acto II: La Alquimia del Rencor y la Pintura

Durante las semanas siguientes, la Abadía de Canterville se transformó en un teatro de transformaciones sutiles. Sir Simon, cuyo único propósito en la eternidad había sido asustar a los vivos para mantener su estatus de leyenda, se encontró completamente desarmado ante las dinámicas de la artista.

Cada intento de sabotaje nocturno era recibido por Leonora como una ofrenda de material estético. Si Simon dejaba la famosa mancha de sangre en el suelo del salón comedor, Leonora no intentaba limpiarla con el limpiador instantáneo que los anteriores inquilinos americanos habrían usado; al contrario, la rodeaba con tiza dorada, añadía unas gotas de esencia de lavanda y terminaba pintando a su alrededor un laberinto de raíces de mandrágora. El rojo del fantasma se convertía, así, en el corazón de una planta mística.

—Esta mancha carece de hemoglobina, Simon —le comentó una tarde mientras mezclaba pigmentos en su mortero—. Es demasiado bermellón. Los fantasmas de buena estirpe deberían sangrar en tono carmín de alizarina, con un toque de sombra tostada para denotar la antigüedad del rencor. Mañana te prepararé un caldo de remolacha y ortigas para ver si mejoramos la densidad de tus fluidos astrales.

El fantasma, sentado en una silla de mimbre que flotaba a unos palmos del suelo, la miraba con una mezcla de fascinación y melancolía. Nadie le había hablado en siglos, y mucho menos se habían preocupado por la calidad estética de su condenación.

—No entiendes, mujer de cabellos de humo —dijo Simon, contemplando sus propias manos, que dejaban ver la trama del tapiz que colgaba detrás—. Estoy condenado a la repetición. Maté a mi esposa porque su risa me recordaba al graznido de las urracas, y sus hermanos me emparedaron vivo en esta casa. Mi castigo es ser el miedo. Si no soy el miedo, no soy nada. Me desvanezco en el olvido, que es un frío peor que el de la muerte.

Leonora dejó el pincel. Se acercó al espectro y, desafiando las leyes de la física y de la teología, posó su mano sobre el hombro de Simon. Para su sorpresa, no encontró el vacío helado que esperaba, sino una textura similar a la seda guardada en un arcón antiguo, un calor lejano como el de las piedras que han pasado el día bajo el sol de otoño.

—El miedo es una emoción muy pobre, Simon —murmuró ella, mirándolo con su ojo verde, el ojo que veía las almas de las cosas—. Es lineal, aburrido, carece de ramificaciones. Lo que tú buscas no es asustar; lo que tú buscas es que alguien sea testigo de tu permanencia. Ven, siéntate en el centro de la habitación. Voy a retratarte, pero no como el monstruo que te obligaron a ser, sino como la criatura de viento y ceniza que eres ahora.

Aquella noche, el realismo mágico que envolvía la casa se intensificó. Las paredes de la abadía comenzaron a brotar hojas de hiedra de plata que crecían al ritmo de los latidos invisibles del corazón del fantasma. Los lebreles blancos se echaron a los pies de Sir Simon, reconociendo en él no a un intruso, sino a un habitante legítimo del reino de la penumbra.

Acto III: El Retrato de la Niebla

El proceso de pintar a Sir Simon duró tres lunas completas. No era un retrato convencional. Leonora no utilizaba óleo común; mezclaba la pintura con sus propios cabellos blancos, con polvo de estrellas que recogía del alféizar de la ventana y con las lágrimas que el propio fantasma derramaba cuando recordaba el olor de las manzanas en el huerto de su infancia, antes de que el odio emponzoñara su sangre.

A medida que el cuadro avanzaba, algo extraordinario sucedía en la fisonomía de Simon. Sus cadenas comenzaron a transformarse. Ya no eran de hierro viejo; el esmalte y la magia de Leonora las convirtieron en hilos de filigrana de plata de los que colgaban pequeñas jaulas con pájaros mecánicos que cantaban melodías renacentistas a la medianoche. Su rostro ya no infundía terror, sino una reverencia mística: parecía un rey destronado de un país que nunca existió, un ser mitad hombre, mitad sauce llorón.

Entre sesión y sesión, el romance entre la pintora viva y el caballero muerto floreció como las flores nocturnas que se abren solo bajo el influjo de los eclipses. No era un amor de carnes ni de suspiros terrenales, sino una comunión de soledades creativas. Compartían el espacio del lienzo. Simon soplabla sobre los colores húmedos para crear texturas que emulaban la niebla de los páramos, y Leonora le leía fragmentos de libros prohibidos de alquimia y poesía gnóstica.

—Si estuviera vivo —dijo Simon una noche, mientras observaba cómo Leonora pintaba sus ojos en el lienzo—, te habría llevado a cabalgar por los acantilados. Habríamos desafiado al rey y a la iglesia.

—Si estuvieras vivo, Simon —respondió ella con una sonrisa enigmática, sin apartar la vista de la tela—, serías un hombre atrapado en las convenciones de tu siglo. Tendrías miedo de mi libertad y yo me aburriría de tus celos. Es ahora, en este estado de suspensión, donde realmente podemos ser libres. Tú has dejado de ser un hombre para ser un mito, y yo siempre he preferido los mitos a los caballeros.

Sin embargo, el equilibrio del realismo mágico de la abadía era frágil. Una noche, el cuadro estuvo finalmente terminado.

El lienzo mostraba a Sir Simon flotando sobre un mar de ajeno, con el pecho abierto donde, en lugar de un corazón, anidaba un huevo de oro cósmico del cual nacía un caballo alado. Era una obra maestra del surrealismo, un puente entre el mundo de los vivos y el territorio de los arquetipos.

Simon se acercó a la obra. Al mirarse en ella, sintió un peso tremendo, el peso de la comprensión. El cuadro no solo lo representaba; lo contenía. Su historia, su dolor, su culpa de cuatrocientos años habían sido transmutados en belleza.

—Es hermoso —susurró el fantasma, y por primera vez en siglos, una sonrisa verdadera iluminó su rostro espectral—. Pero siento que el lienzo me llama. Como si mi sustancia prefiriera habitar en tu pintura que en esta fría piedra de la abadía.

—La pintura es el único lugar donde los fantasmas pueden descansar sin dejar de existir —dijo Leonora, sintiendo una opresión en el pecho, un dolor tan real y físico que contrastaba con la naturaleza mágica de todo lo que la rodeaba—. Has pasado demasiado tiempo asustando a los demás, Simon. Es hora de que te dejes amar por el arte.

Acto IV: El Jardín del Destiempo

El aire de la habitación se volvió denso, con olor a resina de pino y a tierra mojada tras una tormenta de verano. Las ventanas de la abadía se abrieron de par en par de forma simultánea, y un viento cargado de pétalos de rosa blanca inundó el taller.

Sir Simon extendió su mano hacia Leonora. Ella la tomó. Esta vez, la sensación no fue de seda vieja, sino de una corriente eléctrica, un chispazo de luz que unió el mundo de la materia con el de la imaginación pura. Se besaron, un beso que no tuvo el sabor de los labios, sino el aroma del óleo fresco, del tiempo detenido y de las noches de invierno compartidas frente a la chimenea. Fue un pacto silencioso: el amor que trasciende la barrera de la muerte no a través del milagro religioso, sino del acto creativo.

Poco a poco, el cuerpo de Sir Simon comenzó a deshilacharse en hilos de luz de color carmín y plata. No desaparecía hacia el infierno ni hacia el cielo; sus partículas flotaban en el aire, danzando en espirales surrealistas, interactuando con los lebreles que ladraban de alegría, antes de ser absorbidas por el lienzo que descansaba en el caballete.

Cuando el viento se calmó y el silencio regresó a la Abadía de Canterville, Leonora se quedó sola.

Se acercó al cuadro. En la tela, el retrato de Sir Simon parecía tener una vibración propia. Sus ojos pintados seguían el movimiento de la artista con una ternura infinita. En el suelo del salón, la mancha de sangre había desaparecido por completo; en su lugar, del parqué de roble, brotaba una pequeña y solitaria rosa de color carmín de alizarina, cuyas raíces se hundían profundamente en la historia de la casa.

Leonora sonrió, limpió sus pinceles con parsimonia y se sentó a tomar una taza de té de azahar. Sabía que ya nunca estaría sola. La abadía ya no estaba embrujada por un espíritu en pena, sino habitada por una obra de arte viva. Y en los páramos de Yorkshire, el viento comenzó a soplar con el sonido de caballos alados que corren libres por el lienzo de la noche.



La creatividad humana encuentra nuevas formas de expresarse cuando dialoga con la tecnología. En **Algoritmos de la imaginación**, la escritura y la inteligencia artificial se encuentran para dar origen a relatos que exploran el misterio, la ciencia ficción, la fantasía, el drama, el romance y las emociones que atraviesan la experiencia humana.

Este número reúne cuentos creados con apoyo de herramientas de IA, en los que cada autora y autor transforma ideas, inquietudes y mundos posibles en narraciones propias. Más que sustituir la imaginación, la inteligencia artificial aparece aquí como una aliada para experimentar con la palabra, ampliar horizontes narrativos y descubrir nuevas rutas para contar historias.

La presente publicación forma parte de una serie integrada por **12 entregas** que, en conjunto, muestran la diversidad de voces, géneros y estilos que pueden surgir cuando la escritura se convierte en un espacio de colaboración entre personas y sistemas inteligentes.

Cada relato invita a mirar la creación literaria desde una perspectiva contemporánea: una en la que la sensibilidad, la memoria, la intuición y la tecnología se entrelazan para construir nuevas posibilidades narrativas.

Te invitamos a visitar otros números de la revista en: <https://revistaiauama.com/>

Esta publicación forma parte de las **12 entregas** de este número especial dedicado a la creatividad a través de la escritura y la creación literaria con inteligencia artificial.

Revista IA UAM-A • Departamento de Administración
Contacto: iauama@azc.uam.mx

